



Anónimo

Hechos de
Pablo y Tecla

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

HECHOS DE PABLO Y TECLA

ANÓNIMO

PUBLICADO: 160

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: THE APOCRYPHAL NEW TESTAMENT
(OXFORD, 1924)**

PARTE I. HECHOS DE PABLO Y TECLA

1 Cuando Pablo subió a Iconio tras huir de Antioquía, viajaban con él Demas y Hermógenes el calderero, los cuales estaban llenos de hipocresía y halagaban a Pablo como si le amasen. Pero Pablo, mirando solo a la bondad de Cristo, no les hizo ningún mal, sino que los amó bien, de modo que se esforzó por hacerles dulces todos los oráculos del Señor, y la enseñanza y la interpretación (del Evangelio), y el nacimiento y la resurrección del Amado, y les relató palabra por palabra todas las grandes obras de Cristo, cómo le habían sido reveladas (el copto añade: cómo Cristo nació de María la virgen, y de la simiente de David).

2 Y un cierto hombre llamado Onesíforo, cuando oyó que Pablo había llegado a Iconio, salió con sus hijos Simmias y Zenón y su mujer Lectra a su encuentro, para recibirlo en su casa; porque Tito le había dicho qué aspecto tenía Pablo, pues no lo había visto en la carne, sino solo en el espíritu.

3 Y fue por el camino real que lleva a Listra, y se puso a esperarlo, y miraba a los que venían, según la descripción de Tito. Y vio venir a Pablo, un hombre pequeño de estatura, de cabello ralo en la cabeza, de piernas torcidas, de buen porte de cuerpo, con las cejas juntas, y la nariz algo aguileña, lleno de gracia; porque unas veces parecía un hombre, y otras veces tenía el rostro de un ángel.

4 Y cuando Pablo vio a Onesíforo, sonrió, y Onesíforo dijo: «Salve, siervo del Dios bendito». Y él dijo: «Gracia sea contigo y con tu casa». Pero Demas y Hermógenes tuvieron envidia, y avivaron aún más su hipocresía, de modo que Demas dijo: «¿No somos también nosotros siervos del Bendito, que no nos saludaste así?». Y Onesíforo dijo: «No veo en vosotros ningún fruto de justicia, pero si lo sois, venid también a mi casa y descansad».

5 Y cuando Pablo entró en la casa de Onesíforo, hubo gran gozo, y flexión de rodillas y fracción del pan, y la palabra de Dios acerca de la abstinencia (o continencia) y la resurrección; porque Pablo dijo:

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que guardan la carne casta, porque ellos serán templo de Dios.

Bienaventurados los que se abstienen (o los continentes), porque a ellos hablará Dios.

Bienaventurados los que han renunciado a este mundo, porque ellos serán agradables a Dios.

Bienaventurados los que poseen a sus mujeres como si no las tuviesen, porque ellos heredarán a Dios.

Bienaventurados los que tienen el temor de Dios, porque ellos serán ángeles de Dios.

6 Bienaventurados los que tiemblan ante los oráculos de Dios, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que reciben la sabiduría de Jesucristo, porque ellos serán llamados hijos del Altísimo.

Bienaventurados los que han guardado puro su bautismo, porque ellos descansarán con el Padre y con el Hijo.

Bienaventurados los que han alcanzado el entendimiento de Jesucristo, porque ellos estarán en la luz.

Bienaventurados los que por amor de Dios se han apartado de la apariencia de este mundo, porque ellos juzgarán a los ángeles, y serán bienaventurados a la diestra del Padre.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia y no verán el amargo día del juicio.

Bienaventurados los cuerpos de las vírgenes, porque ellos serán agradables a Dios y no perderán la recompensa de su continencia (castidad), porque la palabra del Padre será para ellos obra de salvación en el día de su Hijo, y tendrán descanso por los siglos de los siglos.

7 Y mientras Pablo decía estas cosas en medio de la asamblea (iglesia) en la casa de Onesíforo, una cierta virgen, Tecla, cuya madre era Teoclía, la cual estaba desposada con un esposo, Tamiris, se sentaba junto a la ventana cercana, y escuchaba noche y día la palabra acerca de la castidad que Pablo hablaba: y no se apartaba de la ventana, sino que era llevada adelante (o impulsada) por la fe, regocijándose sobremanera; y además, cuando vio a muchas mujeres y vírgenes entrar donde Pablo, ella también deseaba ardientemente ser tenida por digna de presentarse ante el rostro de Pablo y de oír la palabra de Cristo; porque aún no había visto el aspecto de Pablo, sino que solo había oído su discurso.

8 Y como ella no se apartaba de la ventana, su madre mandó llamar a Tamiris, y él vino con gran gozo, como si ya fuera a tomarla por esposa. Dijo, pues, Tamiris a Teoclía: «¿Dónde está mi Tecla?». Y Teoclía dijo: «Tengo una nueva historia que contarte, Tamiris: porque hace tres días y tres noches que Tecla no se levanta de la ventana, ni para comer ni para beber, sino que, mirando fijamente como quien contempla un espectáculo gozoso, atiende de tal modo a un extranjero que enseña palabras engañosas y variadas, que me maravillo de cómo el gran recato de la doncella es tan duramente asediado.

9 «Oh Tamiris, este hombre trastorna a toda la ciudad de los iconios, y también a tu Tecla, porque todas las mujeres y los jóvenes entran a verlo y son enseñados por él. Es preciso, dice él, temer a un único Dios y vivir castamente. Y también mi hija, como una araña en la ventana, atada por sus palabras, está poseída por un deseo nuevo y una pasión temible; porque pende de las cosas que él dice, y la doncella está cautiva. Pero ve tú a ella y háblale, porque está desposada contigo».

10 Y Tamiris fue a ella, amándola y a la vez temiendo a causa de su turbación (éxtasis), y dijo: «Tecla, mi prometida, ¿por qué estás así sentada? ¿Y qué pasión es esta que te tiene pasmada? Vuélvete a tu Tamiris y avergüénzate». Y su madre dijo también lo mismo: «Tecla, ¿por qué estás así sentada, mirando hacia abajo, y no respondiendo nada, como quien está herida?». Y lloraron amargamente, Tamiris porque perdía una esposa, y Teoclía una hija, y las criadas una señora; había, pues, gran confusión de duelo en la casa. Y mientras todo esto sucedía, Tecla no se apartaba, sino que atendía al discurso de Pablo.

11 Pero Tamiris se levantó de un salto y salió a la calle, y observaba a los que entraban donde Pablo y salían. Y vio a dos hombres que disputaban ásperamente entre sí, y les dijo: «Vosotros, hombres, decidme quiénes sois, y quién es ese que está dentro con vosotros, que hace errar las almas de los jóvenes y las doncellas, engañándolos para que no haya matrimonios, sino que

vivan como están. Os prometo, pues, dar mucho dinero si me habláis de él, porque yo soy hombre principal de la ciudad».

12 Y Demas y Hermógenes le dijeron: «Quién es este hombre, no lo sabemos; pero defrauda a los jóvenes de esposas y a las doncellas de esposos, diciendo: ‘No tenéis otra resurrección, si no permanecéis castos, y no contamináis la carne, sino que la guardáis pura’».

13 Y Tamiris les dijo: «Venid, hombres, a mi casa y descansad conmigo». Y fueron a un banquete costoso, con mucho vino y gran opulencia y una mesa espléndida. Y Tamiris les hizo beber, porque amaba a Tecla y deseaba tomarla por esposa; y en la cena Tamiris dijo: «Decidme, hombres, cuál es su enseñanza, para que yo también la conozca; porque no poco me aflijo por Tecla, pues tanto ama al extranjero, y me veo defraudado de mi matrimonio».

14 Y Demas y Hermógenes dijeron: «Llévalo ante Castelio el gobernador, como a uno que persuade a las multitudes con la nueva doctrina de los cristianos; y así lo destruirá, y tendrás a tu esposa Tecla. Y nosotros te enseñaremos acerca de esa resurrección que él afirma, que ya se ha cumplido en los hijos que tenemos, y que resucitamos cuando llegamos al conocimiento del Dios verdadero».

15 Pero cuando Tamiris oyó esto de ellos, se llenó de envidia e ira, y se levantó de madrugada y fue a la casa de Onesíforo con los magistrados y los oficiales y una gran muchedumbre con palos, diciendo a Pablo: «Tú has destruido la ciudad de los iconios y a la que estaba desposada conmigo, de modo que ya no me quiere: vayamos ante Castelio el gobernador». Y toda la multitud dijo: «¡Fuera el hechicero, que ha corrompido a todas nuestras mujeres!». Y la multitud se levantó junta contra él.

16 Y Tamiris, de pie ante el tribunal, clamó a gran voz y dijo: «Oh próconsul, este es el hombre —no sabemos de dónde es— que no permite ca-

sarse a las doncellas: que declare ante ti por qué enseña tales cosas». Y Demas y Hermógenes dijeron a Tamiris: «Di tú que es cristiano, y así lo destruirás». Pero el gobernador mantuvo firme su ánimo y llamó a Pablo, diciéndole: «¿Quién eres tú, y qué enseñas? Porque no es leve la acusación que estos traen contra ti».

17 Y Pablo alzó la voz y dijo: «Si hoy soy examinado sobre lo que enseño, escucha, oh procónsul. El Dios vivo, el Dios de la venganza, el Dios celoso, el Dios que no tiene necesidad de nada, sino que desea la salvación de los hombres, me ha enviado, para que los aparte de la corrupción y la impureza y todo placer y la muerte, para que no pequen más. Por lo cual Dios ha enviado a su propio Hijo, al cual predico y enseño que los hombres tengan esperanza en él, que solo él ha tenido compasión del mundo que estaba en el error; para que los hombres ya no estén bajo

juicio, sino que tengan fe y el temor de Dios y el conocimiento de la sobriedad y el amor de la verdad. Si, pues, enseño las cosas que me han sido reveladas por Dios, ¿qué mal hago, oh procónsul?». Y el gobernador, habiendo oído esto, mandó atar a Pablo y llevarlo a la cárcel hasta que tuviese tiempo de oírlo con más cuidado.

18 Pero Tecla, de noche, se quitó los brazaletes y se los dio al portero, y cuando le abrieron la puerta entró en la cárcel, y dio al carcelero un espejo de plata, y así entró donde Pablo y se sentó a sus pies y oyó las maravillosas obras de Dios. Y Pablo no tuvo temor alguno, sino que andaba en la confianza de Dios; y también la fe de ella aumentaba mientras besaba sus cadenas.

19 Y cuando Tecla fue buscada por los suyos y por Tamiris, se la buscó por las calles como a una persona perdida; y uno de los consiervos del portero contó que había salido de noche. Y examinaron al portero, y él les dijo que había ido donde el extranjero, a la cárcel; y fueron según él les dijo y la hallaron como atada a él por el afecto. Y salieron de allí y reunieron a la multitud consigo y lo mostraron al gobernador.

20 Y mandó que Pablo fuese llevado al tribunal; pero Tecla se revolcaba en el lugar donde Pablo enseñaba cuando estaba sentado en la cárcel. Y el gobernador mandó que también ella fuese llevada al tribunal, y ella fue exultando de gozo. Y cuando Pablo fue traído por segunda vez, el pueblo gritó con más vehemencia: «¡Es un hechicero, fuera con él!». Pero el gober-

nador escuchaba a Pablo de buen grado acerca de las santas obras de Cristo; y tomó consejo, y llamó a Tecla y dijo: «¿Por qué no quieres casarte con Tamaris, conforme a la ley de los iconios?». Pero ella permanecía mirando fijamente a Pablo, y como no respondía, su madre Teoclía clamó, diciendo: «¡Quema a la infractora de la ley, quema a la que no es novia, en medio del teatro, para que todas las mujeres que han sido enseñadas por este hombre se atemoricen!».

21 Y el gobernador se conmovió grandemente; y azotó a Pablo y lo expulsó de la ciudad, pero a Tecla la condenó a ser quemada. Y al punto el gobernador se levantó y fue al teatro; y toda la multitud salió hacia el terrible espectáculo. Pero Tecla, como el cordero en el desierto busca con la mirada al pastor, así buscaba a Pablo; y miró a la multitud y vio al Señor sentado, semejante a Pablo, y dijo: «Como si yo no pudiera resistir, Pablo ha venido a mirarme». Y ella le prestó atención con ahínco; pero él ascendió a los cielos.

22 Y los muchachos y las doncellas trajeron leña y heno para quemar a Tecla; y cuando la trajeron desnuda, el gobernador lloró y se maravilló del poder que había en ella. Y pusieron la leña, y el verdugo le mandó subir a la pira; y ella, haciendo la señal de la cruz, subió sobre la leña. Y la encendieron, y aunque un gran fuego se levantó, el fuego no prendió en ella; porque Dios tuvo compasión de ella, e hizo un estruendo bajo la tierra, y una nube la cubrió por encima, llena de lluvia y granizo, y se derramó todo su contenido, de modo que muchos estuvieron en peligro de muerte, y el fuego se apagó, y Tecla fue preservada.

23 Y Pablo ayunaba con Onesíforo y su mujer y sus hijos en un sepulcro abierto, en el camino que va de Iconio a Dafne. Y cuando pasaron muchos días de ayuno, los muchachos dijeron a Pablo: «Tenemos hambre». Y no tenían con qué comprar pan, porque Onesíforo había dejado los bienes de este mundo y había seguido a Pablo con toda su casa. Pero Pablo se quitó su manto y dijo: «Ve, hijo, compra varios panes y tráelos». Y mientras el muchacho compraba, vio a su vecina Tecla, y se asombró, y dijo: «Tecla, ¿adónde vas?». Y ella dijo: «Busco a Pablo, porque fui preservada del fuego». Y el muchacho dijo: «Ven, te llevaré a él, porque te llora y ora y ayuna ya hace seis días».

24 Y cuando ella llegó al sepulcro donde estaba Pablo, que había doblado las rodillas y oraba diciendo: «Oh Padre de Cristo, no dejes que el fuego prenda en Tecla, sino sálvala, porque es tuya»: ella, de pie detrás de él, clamó: «Oh Padre que hiciste el cielo y la tierra, Padre de tu amado hijo Jesucristo, te bendigo porque me has preservado del fuego, para que pudiese ver a Pablo». Y Pablo se levantó y la vio y dijo: «Oh Dios, conocedor de los corazones, Padre de nuestro Señor Jesucristo, te bendigo porque has cumplido con prontitud lo que te pedí, y me has escuchado».

25 Y hubo mucho amor dentro del sepulcro, pues se gozaban Pablo, y Onesíforo, y todos ellos. Y tenían cinco panes, y hierbas, y agua (y sal), y se gozaban por las santas obras de Cristo. Y Tecla dijo a Pablo: «Me cortaré el cabello alrededor y te seguiré adondequiera que vayas». Pero él dijo: «El tiempo es desfavorable y tú eres hermosa: guárdate de que otra tentación te tome, peor que la primera, y no la resistas, sino que flaquees». Y Tecla dijo: «Dame solamente el sello en Cristo, y la tentación no me tocará». Y Pablo dijo: «Ten paciencia, Tecla, y recibirás el agua».

26 Y Pablo despidió a Onesíforo con toda su casa hacia Iconio, y así tomó a Tecla y entró en Antioquía; y al entrar, un cierto siriarca, llamado Alejandro, vio a Tecla y se enamoró de ella, y quiso sobornar (halagar) a Pablo con dinero y regalos. Pero Pablo dijo: «No conozco a la mujer de quien hablas, ni es mía». Pero como él era de gran poder, la abrazó él mismo en el camino; y ella no lo soportó, sino que buscó a Pablo y clamó

amargamente, diciendo: «No fuerces a la extranjera, no fuerces a la sirva de Dios. Yo soy de los primeros de los iconios, y porque no quise casarme con Tamiris, he sido expulsada de la ciudad». Y se agarró a Alejandro y le rasgó el manto y le quitó la corona de la cabeza, y lo hizo objeto de burla.

27 Pero él, amándola a la vez y avergonzado de lo que le había acontecido, la llevó ante el gobernador; y cuando ella confesó que había hecho esto, la condenó a las fieras. Pero las mujeres se asombraron grandemente, y clamaron ante el tribunal: «¡Juicio inicuo, juicio impío!». Y Tecla pidió al gobernador que le permitiese permanecer virgen hasta que hubiese de luchar con las fieras; y una cierta reina rica, llamada Trifena, cuya hija había muerto, la tomó bajo su cuidado y la tuvo por consuelo.

28 Y cuando las fieras fueron llevadas en procesión, la ataron a una leona feroz, y la reina Trifena la seguía; pero la leona, cuando Tecla fue puesta so-

bre ella, le lamió los pies, y todo el pueblo se maravilló. Y la inscripción (título) de su acusación era: Culpable de sacrilegio. Y las mujeres con sus hijos clamaban desde arriba: «Oh Dios, un juicio impío se cumple en esta ciudad». Y después de la procesión, Trifena la tomó de nuevo consigo. Porque su hija Falconila, que había muerto, le había dicho en un sueño: «Madre, tomarás en mi lugar a Tecla, la extranjera desolada, para que ore por mí y yo sea trasladada al lugar de los justos».

29 Cuando, pues, Trifena la recibió después de la procesión, la lloraba a la vez porque había de luchar con las fieras al día siguiente, y también porque la amaba entrañablemente como a su propia hija Falconila; y dijo: «Tecla, hija mía segunda, ven, ora tú por mi hija, para que viva para siempre; porque esto he visto en un sueño». Y ella, sin demora, alzó la voz y dijo: «Oh Dios mío, Hijo del Altísimo que estás en el cielo, concédele según su deseo, que su hija Falconila viva para siempre». Y después de haber dicho esto, Trifena la lloraba, considerando que tan gran belleza había de ser arrojada a las fieras.

30 Y cuando amaneció, Alejandro vino a llevársela —pues era él quien daba los juegos—, diciendo: «El gobernador está sentado y el pueblo nos apremia: dadme a la que ha de luchar con las fieras, para que me la lleve». Pero Trifena clamó en alta voz, de modo que él huyó, diciendo: «Un segundo duelo por mi Falconila sobreviene en mi casa, y no hay quien ayude, ni hija, pues ha muerto, ni pariente, pues soy viuda. Oh Dios de Tecla, hija mía, ayuda tú a Tecla».

31 Y el gobernador envió soldados a buscar a Tecla; y Trifena no la dejó, sino que ella misma la tomó de la mano y la condujo, diciendo: «Yo llevé a mi hija Falconila al sepulcro;

pero a ti, Tecla, te llevo a luchar con las fieras». Y Tecla lloró amargamente y gimió al Señor, diciendo: «Señor Dios en quien creo, en quien me he refugiado, que me salvaste del fuego, recompensa tú a Trifena, que ha tenido piedad de tu sierva y me ha guardado pura».

32 Hubo, pues, un tumulto, y voz de las fieras, y griterío del pueblo, y de las mujeres que estaban sentadas juntas, diciendo unas: «¡Traed a la sacrilega!»; y las mujeres decían: «¡Fuera con la ciudad por esta acción ilícita! ¡Fuera con todas nosotras, oh procónsul! ¡Es un espectáculo amargo, un juicio inicuo!».

33 Pero Tecla, siendo arrancada de la mano de Trifena, fue desnudada y ceñida con un cingulo, y arrojada al estadio; y soltaron contra ella leones y osos. Y una leona feroz corrió hacia ella y se echó a sus pies, y la multitud de mujeres gritó en alta voz. Y un oso corrió contra ella; pero la leona corrió y le salió al encuentro, y despedazó al oso. Y de nuevo un león, adiestrado contra los hombres, que era de Alejandro, corrió contra ella, y la leona luchó con él y murió junto con él. Y las mujeres se lamentaron aún más, viendo que también había muerto la leona que la socorría.

34 Entonces metieron muchas fieras, mientras ella permanecía de pie, extendía las manos y oraba. Y cuando hubo terminado su oración, se volvió y vio un gran estanque lleno de agua, y dijo: «Ahora es tiempo de que me lave». Y se arrojó dentro, diciendo: «En el nombre de Jesucristo me bautizo a mí misma en el día postrero». Y todas las mujeres, al verlo, y todo el pueblo lloraron, diciendo: «¡No te arrojes al agua!»; de modo que hasta el gobernador lloró de que tan gran belleza fuese devorada por las focas. Así pues, ella se arrojó al agua en el nombre de Jesucristo; y las focas, al ver la luz de un relámpago de fuego, flotaron muertas sobre la superficie del agua. Y hubo en torno a ella una nube de fuego, de modo que ni las fieras la tocaron, ni fue vista desnuda.

35 Y las mujeres, cuando fueron soltadas otras fieras más temibles, dieron grandes voces, y unas arrojaban hojas, y otras nardo, otras casia, y otras bálsamo, de modo que había multitud de olores; y todas las fieras que fueron alcanzadas por ellos quedaron como adormecidas y no la tocaron; de manera que Alejandro dijo al gobernador: «Tengo unos toros sumamente fieros, atemos a la reo a ellos». Y el gobernador, frunciendo el ceño, lo permitió, diciendo: «Haz lo que quieras». Y la ataron por los pies entre los toros, y pusieron hierros candentes bajo sus vientres para que se enfureciesen más y la matasen. Ellos entonces se lanzaron hacia delante; pero la llama que ardía en torno a ella quemó las cuerdas, y quedó como si no estuviera atada.

36 Mas Trifena, que estaba de pie junto al anfiteatro, se desmayó a la entrada, de modo que sus criadas dijeron: «¡La reina Trifena ha muerto!». Y el gobernador detuvo los juegos, y toda la ciudad se llenó de espanto, y Alejandro, cayendo a los pies del gobernador, dijo: «Ten misericordia de mí y de la ciudad, y deja libre a la condenada, no sea que la ciudad perezca con

ella; porque si César oye esto, quizá nos destruya a nosotros y a la ciudad, porque su parienta la reina Trifena ha muerto a la entrada».

37 Y el gobernador llamó a Tecla de entre las fieras y le dijo: «¿Quién eres tú? ¿Y qué tienes contigo para que ni una sola fiera te haya tocado?». Y ella dijo: «Yo soy la sierva del Dios vivo; y lo que tengo conmigo es que he creído en su Hijo, en quien Dios se complace; por cuya causa ni una sola fiera me ha tocado. Porque él solo es la meta (o el camino) de la salvación y la sustancia de la vida inmortal; porque para los que son zarandeados es refugio, para los oprimidos alivio, para los desesperados amparo, y en una palabra, todo el que no crea en él no vivirá, sino que morirá para siempre».

38 Y cuando el gobernador oyó esto, mandó traer vestidos y dijo: «Ponte estos vestidos». Y ella dijo: «El que me vistió cuando estaba desnuda entre las fieras, ese mismo me vestirá de salvación en el día del juicio». Y tomó los vestidos y se los puso. Y el gobernador al punto promulgó un edicto, diciendo: «Os entrego a Tecla la piadosa, sierva de Dios». Y todas las mujeres clamaron a gran voz y, como con una sola boca, dieron alabanza a Dios, diciendo: «Uno es el Dios que ha preservado a Tecla»; de tal modo que con su voz toda la ciudad se estremeció.

39 Y Trifena, cuando le fueron dichas las buenas nuevas, salió a su encuentro con mucha gente, y abrazó a Tecla y dijo: «Ahora creo que los muertos resucitan; ahora creo que mi hija vive: entra, y te haré heredera de todos mis bienes». Tecla, pues, entró con ella y reposó en su casa ocho días, enseñándole la palabra de Dios, de modo que la mayor parte de las criadas creyó también, y hubo gran gozo en la casa.

40 Mas Tecla anhelaba a Pablo y lo buscaba, enviando mensajeros por todos los lugares; y le fue dicho que estaba en Mira. Y tomó consigo jóvenes y doncellas, y se ciñó, y cosió su manto a modo de capa de varón, y partió hacia Mira, y halló a Pablo hablando la palabra de Dios, y se llegó a él. Mas él, al verla a ella y a la gente que la acompañaba, se quedó atónito, pensando para sí: «¿Le habrá sobrevenido alguna otra tentación?». Pero ella lo percibió, y le dijo: «He recibido el lavamiento, oh Pablo; porque el que obró contigo en el Evangelio ha obrado también conmigo para mi bautismo».

41 Y Pablo la tomó de la mano y la llevó a la casa de Hermias, y oyó de ella todas las cosas; de modo que Pablo se maravilló mucho, y los que lo oyeron fueron confirmados, y oraron por Trifena. Y Tecla se levantó y dijo a

Pablo: «Voy a Iconio». Y Pablo dijo: «Ve, y enseña la palabra de Dios». Y Trifena le había enviado muchos vestidos y oro, de modo que dejó parte de ello con Pablo para el servicio de los pobres.

42 Mas ella partió hacia Iconio. Y entró en la casa de Onesíforo, y se postro en el suelo donde Pablo se había sentado y había enseñado los oráculos de Dios, y lloró, diciendo: «Oh Dios mío y de esta casa, donde la luz brilló sobre mí, Jesucristo Hijo de Dios, mi ayudador en la cárcel, mi ayudador ante los gobernadores, mi ayudador en el fuego, mi ayudador entre las fieras, tú eres Dios, y a ti sea la gloria por siempre. Amén».

43 Y halló a Tamiris muerto, pero a su madre viva. Y vio a su madre y le dijo: «Teoclía, madre mía, ¿puedes creer que el Señor vive en los cielos? Porque si deseas dinero, el Señor te lo dará por medio de mí; o si deseas a tu hija, he aquí que estoy aquí delante de ti». Y habiendo dado así testimonio, partió hacia Seleucia, y después de haber iluminado a muchos con la palabra de Dios, se durmió un buen sueño.

PARTE II. MARTIRIO DE PABLO

[Este, conservado aparte para ser leído el día de su conmemoración, existe en dos copias griegas, una versión latina incompleta y versiones en siríaco, copto, etíope y eslavo, además de fragmentos en nuestro manuscrito copto.]

I. Ahora bien, esperaban a Pablo en Roma Lucas de Galacia (gr. Galia) y Tito de Dalmacia; a quienes, cuando Pablo vio, se alegró, y arrendó una granja fuera de Roma, en la cual, con los hermanos, enseñaba la palabra de la verdad, y se hizo notorio, y muchas almas fueron añadidas al Señor, de tal modo que hubo un rumor por toda Roma, y mucha gente venía a él de la casa de César, creyendo, y había gran gozo. Y un tal Patroclo, copero de César, vino corriendo a la granja, y no pudiendo, a causa de la multitud, entrar donde Pablo, se sentó en una ventana alta y le escuchaba enseñar la palabra de Dios. Mas como el maligno diablo envidiaba el amor de los hermanos, Patroclo cayó de la ventana y murió, y al punto se lo dijeron a Nerón. Pero Pablo, percibiéndolo por el espíritu, dijo: «Varones y hermanos, el maligno ha hallado ocasión para tentaros: salid de la casa y hallaréis a un muchacho caído desde lo alto, a punto ya de expirar; levantadlo y traédmelo aquí». Y fueron y lo trajeron; y cuando la gente lo vio, se turbaron. Mas Pablo dijo: «Ahora, hermanos, que se manifieste vuestra fe; venid todos y lloremos a nuestro Señor Jesucristo, para que este muchacho viva y nosotros permanezcamos sin culpa». Y cuando todos hubieron llorado, el muchacho recobró su espíritu, y lo pusieron sobre una bestia y lo enviaron de vuelta vivo, junto con los demás que eran de la casa de César.

II. Mas Nerón, cuando oyó de la muerte de Patroclo, se afligió. Y cuando volvió del baño, mandó que otro fuese puesto para el vino. Pero sus siervos le dijeron: «César, Patroclo vive y está en pie junto a la mesa». Y César, oyendo que Patroclo vivía, se espantó y no quiso entrar. Mas cuando entró,

vio a Patroclo, y, fuera de sí, le dijo: «Patroclo, ¿vives?». Y él dijo: «Vivo, César». Y él dijo: «¿Quién es el que te ha hecho vivir?». Y él, lleno del pensamiento de la fe, dijo: «Cristo Jesús, el rey de los siglos». Y César se turbó y dijo: «¿Será, pues, rey de los siglos y derrocará todos los reinos?». Y él respondió y le dijo: «Sí, derroca todos los reinos, y él solo será para siempre, y no habrá reino que se le escape». Y le hirió en el rostro y dijo: «Patroclo, ¿eres tú también soldado de ese rey?». Y él dijo: «Sí, señor César, porque él me resucitó cuando estaba muerto». Y Barsabás Justo el de los pies anchos, y Urión el capadocio, y Festo el gálata, principales de César, dijeron: «También nosotros somos soldados del rey de los siglos». Y los encerró en la cárcel, atormentándolos gravemente, a ellos a quienes tanto amaba, y mandó buscar a los soldados del gran rey, y publicó un decreto a este efecto: que todos los que se hallasen ser cristianos y soldados de Cristo fuesen muertos.

III. Y entre otros muchos fue traído también Pablo, atado; y advirtió que sus compañeros de prisión le hacían caso, de tal manera que César se dio cuenta de que estaba al frente del campamento. Y le dijo: «Tú que eres hombre del gran Rey, pero prisionero mío, ¿cómo pensaste que estaba bien venir a escondidas al gobierno de los romanos y reclutar soldados de mi provincia?». Mas Pablo, lleno del Espíritu Santo, dijo delante de todos: «Oh César, no solo de tu provincia reclutamos soldados, sino de todo el mundo. Porque así nos ha sido ordenado, que no se rechace a ningún hombre que desee servir a mi Rey. Y si a ti también te place servirle (lat. no te arrepentirás de ello; mas no pienses que las riquezas, etc., que parece mejor), no son las riquezas ni el esplendor de esta vida presente los que te salvarán; mas si te sometes y le suplicas, serás salvo; porque en un día (o: en cierto día) combatirá contra el mundo con fuego». Y cuando César oyó esto, mandó que todos los presos fuesen quemados con fuego, mas que Pablo fuese decapitado según la ley de los romanos. Pero Pablo no calló acerca de la palabra, sino que se comunicó con Longo el prefecto y con Cesto el centurión. Nerón, pues, proseguía (lat. estaba; acaso deba añadirse enfureciéndose) en Roma, matando a muchos cristianos sin proceso, por obra del maligno; de tal manera que los romanos se pusieron delante del palacio y clamaron: «¡Basta, César! ¡Que estos hombres son de los nuestros! ¡Destruyes la fuerza de los romanos!». Entonces, persuadido por ello, cesó, y mandó que nadie tocara a ningún cristiano, hasta que se informase a fondo acerca de ellos.

IV. Entonces fue traído Pablo ante él después del decreto; y él se mantuvo en su palabra de que fuese decapitado. Y Pablo dijo: «César, no es por poco tiempo que yo vivo para mi Rey; y si me decapitas, esto haré: resucitaré y me mostraré a ti, que no estoy muerto sino que vivo para mi Señor Jesucristo, que viene a juzgar al mundo». Mas Longo y Cesto dijeron a Pablo: «¿De dónde tenéis a este rey, que creéis en él y no cambiaréis de parecer, ni aun hasta la muerte?». Y Pablo les comunicó la palabra y dijo: «Vosotros, hombres que estáis en esta ignorancia y error, cambiad de parecer y salvaos del fuego que viene sobre todo el mundo; porque no servimos, como suponéis, a un rey que viene de la tierra, sino del cielo, es decir, al Dios vivo, el cual, a causa de las iniquidades que se cometen en este mundo, viene como juez; y bienaventurado el hombre que crea en él y viva para siempre cuando venga a quemar el mundo y purificarlo por completo». Entonces ellos, suplicándole, dijeron: «Te rogamos que nos ayudes, y te dejaremos ir». Mas él respondió y dijo: «No soy desertor de Cristo, sino soldado legítimo del Dios vivo: si yo hubiera sabido que había de morir, oh Longo y Cesto, lo habría hecho; mas viendo que vivo para Dios y me amo a mí mismo, voy hacia el Señor, para venir con él en la gloria de su Padre». Ellos le dicen: «¿Cómo, pues, viviremos nosotros cuando tú seas decapitado?».

V. Y mientras aún hablaban así, Nerón envió a uno llamado Partenio y a Feres para ver si Pablo ya había sido decapitado; y lo hallaron todavía vivo. Y él los llamó a sí y dijo: «Creed en el Dios vivo, que me resucita a mí y a todos los que creen en él de entre los muertos». Y ellos dijeron: «Ahora vamos hacia Nerón; pero cuando mueras y resucites de nuevo, entonces creemos en tu Dios». Y como Longo y Cesto le suplicaban aún más acerca de la salvación, les dijo: «Venid pronto a mi sepulcro por la mañana y hallaréis a dos hombres orando, Tito y Lucas. Ellos os darán el sello en el Señor». Entonces Pablo se puso en pie con el rostro hacia el oriente, y alzó las manos al cielo, y oró largo tiempo, y en su oración conversó en lengua hebrea con los padres, y luego extendió el cuello sin hablar. Y cuando el verdugo (lat. *speculator*) le cortó la cabeza, brotó leche sobre el manto del soldado. Y el soldado y todos los que estaban allí presentes, al verlo, se maravillaron y glorificaron a Dios, que había dado tal gloria a Pablo; y fueron y contaron a César lo que se había hecho.

VI. Y cuando él lo oyó, mientras se maravillaba largamente y estaba perplejo, Pablo vino hacia la hora nona, cuando muchos filósofos y el centu-

rion estaban de pie con César, y se puso delante de todos ellos y dijo: «César, he aquí que yo, Pablo, el soldado de Dios, no estoy muerto, sino que vivo en mi Dios. Mas a ti te sobrevendrán muchos males y gran castigo, hombre desdichado, porque has derramado injustamente la sangre de los justos, dentro de no muchos días». Y habiendo dicho esto, Pablo se apartó de él. Mas Nerón, al oírlo, y estando grandemente turbado, mandó soltar a los presos, y también a Patroclo y a Barsabás y a los que estaban con ellos.

VII. Y según Pablo les había encargado, Longo y Cesto el centurión fueron de madrugada y se acercaron con temor al sepulcro de Pablo. Y cuando llegaron allí, vieron a dos hombres orando, y a Pablo en medio de ellos, de modo que, al contemplar la maravilla portentosa, quedaron atónitos; mas Tito y Lucas, sobrecogidos por el temor de los hombres al ver a Longo y a Cesto que se acercaban a ellos, se dieron a la fuga. Pero ellos los persiguieron, diciendo: «No os perseguimos para muerte, sino para vida, para que nos la deis, como Pablo nos prometió, a quien acabamos de ver de pie entre vosotros y orando». Y cuando oyeron esto, Tito y Lucas se alegraron y les dieron el sello en el Señor, glorificando al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (copto: y glorificaron al Señor Jesucristo y a todos los santos).

A quien sea la gloria por los siglos sin fin. Amén.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB